

EL JUEGO (TRADICIONAL) EN LA ESCUELA

ANTÓN CORTIZAS
MAESTRO Y ESCRITOR

“Es imprescindible que la escuela convierta sus patios en aulas y sus aulas en espacios libres donde cultura y conocimiento se mezclen en una sola diversión”.

Todo cambia, las costumbres se alteran con el paso del tiempo, la escuela también. Si volviéramos la vista atrás, sin dejarnos amilanar por la nostalgia, podríamos analizar los cambios que en el aspecto lúdico se han ido produciendo en la escuela durante los últimos tiempos.

Han existido dentro de la escuela (y, por desgracia, en algunas aún existe) algo así como dos realidades: por una parte la realidad enciclopédica, las cuatro reglas, lo que hay que aprender, los deberes, el programa, el currículo.... todo esto dentro del aula, cualquiera que fuese la disciplina. Y, por otro lado, lo que hay que vivir, el aprendizaje, la cultura, la sabiduría, las relaciones entre niños y niñas, las bromas, los secretos, las complicidades, el juego...

Tal vez suceda que el oficio de enseñar sea tan complejo que el profesorado no pueda acabar de realizarlo, que no consiga abarcarlo con el humanismo que la escuela necesita y la infancia merece. Quizás por eso algún profesorado considere que lo que hoy estamos tratando, el juego, es algo extraescolar, una actividad fuera de las aulas y ajena a la escuela.

Sin embargo, los que estamos en la escuela por oficio y ya tenemos "una cierta edad", que padecemos aquella escuela del pasado - que hoy tenemos que evitar reproducir - la escuela de las aulas serias, del profesorado que intimidaba a los niños, del profesorado incapaz de dar un cariño, incapaz de transmitir y compartir la alegría de aprender, de la escuela anticreativa, monolítica, del examen escrito como único método de evaluar y cualificar los progresos del alumnado... Sin embargo, digo, los alumnos y alumnas que fuimos de aquella escuela monotemática y monocórdica, teníamos otra escuela a la que no faltábamos nunca, y a la que debe-



Archivo



Archivo

mos aquello que la escuela oficial no nos enseñaba: esa escuela era la calle y la tradición lúdica.

Todo lo que no practicábamos en las aulas, todo aquel aprendizaje imprescindible que no venía en los libros, ni los profesores se preocupaban por enseñarnos, lo teníamos fuera, en la calle, en las plazas, en los caminos, en el monte, en los descampados... Porque los niños y las niñas, las muchachas y los muchachos de décadas pasadas aún éramos receptores y transmisores de la tradición lúdica de la cultura popular, de esa a la que la escuela siempre ha dado la espalda, pero que para nosotros fue muy importante porque nos enseñó aquello que es imprescindible para el completo y armónico desarrollo humano.

Y así es, lo que no aprendimos en la escuela lo aprendíamos a través de los juegos tradicionales que parece como si hubiesen sido precisamente ideados para que tanto los niños como las niñas pudiésemos desarrollar esas capacidades que los seres humanos poseemos inherentes a nuestra biología y a nuestra etología. Por citar algunos, y traídos así al azar, sin pretender ser metódicos: la comunicación, la creación y definición de normas y el respeto por las mismas, la motricidad general y de detalle, la interpre-

Los alumnos y alumnas que fuimos de aquella escuela monotemática y monocórdica, teníamos otra escuela a la que no faltábamos nunca, y a la que debemos aquello que la escuela oficial no nos enseñaba: esa escuela era la calle y la tradición lúdica.

tación de roles, el conocimiento del propio cuerpo y la coordinación general de movimientos, el control del equilibrio postural, el desarrollo de lazos afectivos, la música, la poesía y el ritmo, la dramatización, la utilización de herramientas, la solidaridad, el desarrollo del lenguaje, la imitación del mundo adulto y la asunción de roles, la coordinación oculo-manual, el control de la respiración, el desarrollo de la fantasía, la inmersión en la Naturaleza, la endoculturación, la recepción de la tradición y su transmisión... En fin, la vida entendida como algo peculiar, no estandarizada, libre y al mismo tiempo engastada - de forma inconsciente - como un eslabón imprescindible de la hermosísima cadena cultural de la Humanidad.

Pero ha llegado el tiempo en estos países que llamamos *desarrollados*, en que ese eslabón de humanidad se ha roto, y la recepción y transmisión de cultura la hemos dejado en manos de dudosos maestros televisivos, de los mass-media y del consumo como único medio de diversión, de inhumana estandarización, de la falsa globalización.

Cuando uno recuerda los juegos a los que jugaba o lee los libros que recogen juegos y juguetes de otros países, o ve documentales de zonas apartadas donde aquellos tiempos aún no han pasado, comprueba que los niños de allí juegan como juegan - o jugaban - los de aquí; que los de aquí fantasean en las calles las mismas aventuras que fantasean en las estepas los de allí, y en las selvas los de más allá, o en las montañas los de tierras aún más lejanas. Nuestra especie ya está globalizada, quiero decir, ya evoluciona y vive en el globo azul y terreno que es este planeta.

Parece evidente, más para mal que para bien, que la forma de transmisión de la cultura, tal y como algunos aún la recibimos, está perdida: el boca a

boca, el "jugamos a" sin otra explicación que jugar a eso que era evidente; el recibir, asumir y transformar, el vivir en humanismo y solidaridad, el conocer los nombres de los animales y de las plantas que nos servían de diversión, el hacer amigos para la memoria desde el juego...

Las niñas y los niños en este mundo que hoy habitamos ya no son los dueños de las calles, ya no tienen descampados, y cuando los tienen, en muchos casos las tribus infantiles están en número crítico, es decir, que son insuficientes para formar el grupo de juego necesario. Por eso, se ve que hoy es imprescindible, más que nunca, que la escuela tome en serio su papel de transmisora de cultura y no sólo de *saberes enciclopédicos*, y que convierta sus patios, sus pistas deportivas, sus espacios libres, en aulas y las aulas en auténticos espacios libres, donde la cultura y el conocimiento se mezclen en una sola diversión.

Como maestro, de vocación y vacación - permítaseme el juego de palabras -, sé que el sentido del humor es imprescindible para sobrevivir y es una impagable ayuda para el buen desarrollo de nuestra función educativa. Y como maestro sé también que los juegos y la diversión son una fuente innegable de aprendizajes - expuestos arriba - que contribuyen de forma innegable al desarrollo completo del individuo, así como una fuente motivadora para disponernos a recibir aprendizajes digamos que menos lúdicos.

El juego tradicional debe invadir la escuela, que tiene que ser un lugar donde los niños puedan recibir la cultura popular, que dadas las circunstancias de hoy en día no pueden recibir de otra manera.

Existen formas que pueden ayudar a conseguirlo. Hay escuelas con ludotecas en las que el juego popular o tradicional está inmerso en el currículo; escuelas en las que el patio de recreo es un lugar donde los niños, de forma esporádica y libre, deciden jugar a los juegos populares con los que se hacen dueños, poco a poco, de la realidad.

Pero para conseguirlo, es necesario que el profesorado esté predispuesto a hacerlo, y no sólo de forma individual, sino en equipo.

No es pretensión de este artículo detallar las maneras de introducir el juego tradicional en la escuela. Cada caso particular requiere unas formas peculiares. Pero con todo hay algunos motivos de peso por los que, según pienso, el juego tradicional debería formar parte incuestionable del quehacer educativo. He aquí algunos de ellos para tener en cuenta:

Por un lado se debe partir del medio, es decir, que antes de enseñar o divulgar un juego, debemos fomentar los que aún estén vivos en la práctica del



Archivo

Las niñas y los niños en este mundo que hoy habitamos ya no son los dueños de las calles, ya no tienen descampados, y cuando los tienen, en muchos casos las tribus infantiles están en número crítico, es decir, que son insuficientes para formar el grupo de juego necesario.

alumnado o en la memoria de sus familias. Para eso, aprovechése la utilidad didáctica de llevar a la escuela a los padres o a los abuelos, para que expliquen los juegos y, por qué no, para que los practiquen, dentro de lo posible, con los niños y las niñas. O si esto no es posible, la práctica de la investigación etnográfica.

Los juegos tradicionales estaban en muchos casos separados en compartimentos estancos según el sexo de los niños que los practicaban. Esto ya pertenece al pasado, pues hoy no tiene ningún sentido - como tampoco lo tenía antiguamente - distinguir entre juegos de niñas y juegos de niños. Todos los juegos tradicionales son susceptibles de ser jugados por cualquiera. Lo que sí podemos establecer son categorías por edades, porque no todos los juegos sirven para cualquier etapa: hay juegos para los más pequeños, para el alumnado de primaria, para secundaria, para adultos...

Los juegos tradicionales no pertenecen exclusivamente a la educación física. Si verdaderamente creemos en ellos, su práctica y presencia debe ser

La finalidad de los juegos tradicionales es carecer de finalidad. El motivo del juego no es ganar, ni siquiera competir. La finalidad del juego es jugar, divertirse, estar con los amigos, vivir aventuras.

El juego popular es democrático. Todo juego contiene unas reglas, pero las de los juegos populares no son ni fijas ni estandarizadas, ni las impone nadie. Se adaptan a quienes juegan, a cuando juegan, a donde juegan.

interdisciplinar. En el juego de la billarda, por ejemplo, además de caminar y lanzar la billa (palo pequeño) con precisión, se calcula y se miden las distancias; en los juegos de rueda se canta, en otros se dramatiza, en otros se fantasea...

Pensamos que los juegos no deben formar parte de las disciplinas, ni que ellos son una disciplina. Deberíamos tender a conseguir que en la escuela el juego fuese espontáneo, además de formar parte de fiestas y celebraciones. De uso espontáneo deben ser, por supuesto, las ludotecas, organizadas y controladas por los alumnos mayores.

Entre las características más particulares, y reales, de los juegos tradicionales, está el reparto de roles. No tenemos por qué estimular aquellos juegos tradicionales que no persigan la igualdad y el aprendizaje de la justicia. No importa que rechacemos algunos juegos. Hay tantos donde escoger que nos podemos permitir el lujo de omitir aquellos que no consideremos apropiados.

No olvidemos uno de los aspectos supremos del juego tradicional: es gratuito, y en el caso de precisar elementos, estos se fabrican con materiales de desecho, o al menos, baratos. En los tiempos en que vivimos de consumo que nos consume, no está de más que reflexionemos sobre este aspecto.

Y, por supuesto, fijémonos en los fines de los juegos tradicionales. La finalidad de los juegos tradicio-

nales es carecer de finalidad. El motivo del juego no es ganar, ni siquiera competir. La finalidad del juego es jugar, divertirse, estar con los amigos, vivir aventuras.

El juego popular es democrático. Todo juego contiene unas reglas, pero las de los juegos populares no son ni fijas ni estandarizadas, ni las impone nadie. Se adaptan a quienes juegan, a cuando juegan, a donde juegan. Cuando hay cambios en las reglas del juego, se hacen por consenso. Y cuando alguien hace trampa, o cuando un espabilado quiere imponer sus criterios injustos, no estamos obligados a jugar; decimos "juego revuelto", damos media vuelta y nos marchamos.

Ciertos juegos populares dependen de los ciclos anuales y de las estaciones. Esto provoca que los que los practican se sientan más participantes, consciente o inconscientemente, de las leyes y manifestaciones de la Naturaleza.

Aunque en algunos juegos se necesite practicar ciertas habilidades, como, por ejemplo, los juegos con el peón (peonza), en general el entrenamiento del juego popular lo da casi exclusivamente su práctica continuada, por lo que en la escuela se debe intentar que su práctica sea constante y que no se vea temporalmente interrumpida.

Para la práctica de muchos juegos populares, las instalaciones de aire libre que tienen los centros educativos suelen ser suficientes, pero también conviene tener en cuenta que los terrenos educativos no tienen que estar todos asfaltados. Los diseños de los exteriores de una escuela deben contemplar zonas de tierra batida, de campo, pequeñas alturas, árboles y arbustos, prados para determinadas prácticas, etc.

Y para concluir este breve panegírico, diremos que existe un valor que puede englobar todos lo anteriormente citados: los niños que juegan son niños felices mientras juegan. Dejémosles que jueguen sin parar. No le demos más vueltas.■

* El texto original de este artículo, está escrito en gallego. Su traducción al castellano es obra de X.L. Laredo.



Archivo